

AITONA



A mi buen amigo el excelente escritor bascongado D. Vicente de Monzón y Lardizabal.

Cantaba el abuelito con toda la ternura de su alma, con toda la efusión de su corazón, con la mente rebosando recuerdos y con los ojos oscurecidos por las lagrimas.

El netezuelo, ahito de leche materna, dormía el sueño reposado, apacible de la infancia; la cuna se mecía al débil impulso de aitona, cuya voz apenas acertaban á devolver los ecos de la cocina, iluminada en parte por el fuego del hogar.

El marco del portalón encerraba en cuadro los bosques cercanos, las alturas de Mendata y un pedazo de cielo azul, un trozo de naturaleza radiante y risueña.

La vida brotaba de aquel campo inundado de luz; la vida surgía lenta y gradualmente en el tierno organismo del nene dormido, y la vida se apagaba paulatinamente en el cuerpo del anciano.

En la leña que ardía en el fogón había también varios retoños que deshacían en chispas y troncos casi carcomidos ya, cubiertos de ceniza.

Pero las almas vivían; la de aitona, vigorosa aún, encerrada en un cuerpo azotado por las nieves de la montaña y los rayos del sol de la

heredad, había permanecido libre del contacto corrupto de la civilización, que consume energías, que mata ilusiones, que impurifica los sentimientos: una barrera de alturas separaba su mundo del nuestro, y las miserias y mezquindades que nos agitan, no se conocían en el lindo y recogido valle que se asienta á los pies de las estribaciones del coloso Oiz.

El nene sonreía dormido.... soñaba con los ángeles.

El abuelito lloraba, impresionado por diversos sentimientos: recuerdos lejanos, emociones de dulzura, nostalgia de la vida.....

Pensaba en sus tiempos juveniles, en su santa mujer, que gozaba de Dios hacía ya mucho tiempo; en sus hijos muertos, en sus amigos que acabaron también su peregrinación por la tierra.

Todos se fueron, todos; él solo quedaba allí, en la casita que le vió nacer, en la que sus padres entregaron su alma al Señor, en la que nacieron sus hijos; en aquella casita que era parte de su alma, parte de su vida.....

¡Y como pasa ésta!

¡Si parece que fué ayer cuando él corría por aquellos bosques, cuando lanzando ujujús iba á la romería de Santa Eufemia, de Aulestia!

La vista del Oiz, que apenas podían divisar sus ojos fatigado, le traía á la memoria sus más íntimas alegrías de otros tiempos; sus penas no, porque un corazón honrado que vive lejos del bullicio del inundo y que está contento con su suerte, no sufre, goza.

También amaba al Oiz como á un ser querido y hacía extensivo su cariño á todas aquellas colinas que cerraban el valle, á la Naturaleza que recibiría en su seno los despojos de su cuerpo mortal.

El nene se despertó y lloraba.

Aitona mecía suavemente su cuna y cantaba el lo, lo, música de melancolía infinita....

El netezuelo se agitaba en el lecho, é inquieto, no cesaba en su llanto; entonces el abuelito se acercó á él y le besó: las lágrimas de la senectud y de la inocencia se mezclaron; la barbilla puntiaguda y huesosa del anciano se puso en contacto con la del niño, redonda y colorada; y aitona sintió afectos aún más hondos, sensaciones más delicadas, y nuevas lágrimas brotaron de sus ojos, enrojecidos de derramar otras.

Cogió al niño en brazos y subió con él al balcón de madera del piso, bañado de sol; paseó al nieto, y consiguió hacerle callar.

Miró al campo, al campo amigo, y vió cerca, en una heredad, á toda su familia, que trabajaba con ahinco; levantó su espíritu cielo, y dió gracias al Señor que le deparaba la dicha de contemplar en los últimos días de su vida á todos los suyos, consagrados á la labor redentora que dignifica al hombre y le aproxima á Dios.

¡Qué hermoso estaba el día!

¡Un día de primavera, que alegraba al espíritu, que hacía brotar en los corazones ansias de vida!

Los torrentes bajaban henchidos de agua, producto de la fusión de la nieve, deshecha por el calor del sol; aquellas aguas frías circularían por las tierras y se convertirían en fuerza impulsora de la obra misteriosa de la germinación de los trigos que dorarían los campos, de los maíces que embellecerían el paisaje con el verdor de sus hojas.

Era aquel día un día de esperanzas; pero para aitona un día de melancolías.

El espectáculo de la vida naciente le entristecía; allá la Naturaleza, en sus brazos el niño, sonreían al sol, al cielo, á Dios; él lloraba porque notaba que su existencia-tocaba á su fin; no llegaría á otra primavera.

¿Y para qué servía ya?

Sus miembros estaban débiles, su vista poco menos que apagada..... estorbaba.

Pero no; también daban calor los troncos casi carcomidos que, cubiertos de ceniza, ardían en el hogar; también él era necesario aún para animar aquella casa, aquella familia, fruto de su unión con su santa mujer, que desde el cielo contemplaría la escena tierna del niño sentado en los brazos de aitona el beso de la vida que se apaga á la vida que brota.

Era hora del mediodía, y la gente joven abandonó la heredad; los nietos mayores de aitona, mocosuelos todavía, llegaron de la escuela de Arrazua y corrieron á jugar con el abuelo.

Pero el más mozo de ellos se detuvo y le miró con bastante extrañeza.

Apenas hubo llegado su madre, que se apresuró á coger en brazos al chiquitín, le preguntó aquél:

—¿Ama; aitaite be umie da? (¿También el abuelos es niño?)

—¿Ze ba? (¿Por qué?)

—Negarrez dago, ta (Está llorando y)

Entonces el viejecito abrazó á su nieto mayor y, besándole con efusión, le dijo:

—¡Maitie! ¡maitie! (¡Querido! ¡querido!)

Y nuevas lágrimas surcaron sus mejillas arrugadas.

BONIFACIO DE ECHEGARAY.

